

13. El imaginario de la Revolución rusa en la Guerra Civil Española¹

Josep Puigsech Farràs

El carácter excepcional de la Guerra Civil Española dentro del contexto nacional e internacional permitió que otro proceso excepcional en ambas dimensiones uniese su camino con ella, en este caso la Revolución rusa. No fue sorprendente, ni casual. Al fin y al cabo, los conflictos estructurales de la España del siglo XIX explotaron en julio de 1936 en un marco de crecientes turbulencias en el ámbito nacional, marcadas por el final de la monarquía y el desarrollo de una etapa republicana no precisamente estable, junto con un conflictivo contexto internacional, marcado por el ascenso del fascismo. Por su parte, los conflictos estructurales de la Rusia decimonónica explotaron, primero en 1905 y, posteriormente, en 1917 en un contexto de cambio político y social, unido a un marco de conflictividad internacional generado por una guerra mundial. Así, pues, una y otra, la Guerra Civil Española y la Revolución rusa, unían sus caminos aunque, ciertamente, con una diferencia cronológica. Más concretamente, la Guerra Civil Española convertía la Revolución rusa en un factor transversal, permanente y presentista en la España republicana.

El imaginario de la Revolución rusa en la Guerra Civil Española fue transversal porque se erigió en un factor de comunión entre las distintas fuerzas del ámbito republicano, desde los anarcosindicalistas hasta los liberales, pasando por los comunistas ortodoxos, los comunistas heterodoxos y los socialistas. La Revolución rusa se mostró, por lo tanto, como uno de los mejores ejemplos de la simbología frentepopulista: una propuesta en positivo, adaptada a la transversalidad social y política de la República, que tenía como trasfondo la revolución del pueblo o, en otras palabras, un ejemplo

¹ Este trabajo ha sido posible gracias al proyecto financiado del Ministerio de Ciencia e Innovación referenciado como HAR2014-53498 «Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950».

de participación popular de carácter transversal que a partir de diferentes procedencias sociales, políticas y sindicales realizaba una propuesta en positivo². La propuesta se sintetizaba en la unión de los esfuerzos para alcanzar la victoria en la guerra, contra un enemigo considerado fascista. Pero también en la voluntad de llevar a cabo un proyecto de transformación político y social para la retaguardia, aunque cada colectivo interpretase esta transformación según sus propios parámetros. Dicha dinámica tuvo su cenit en la franja comprendida entre julio de 1936 y abril de 1937. En cambio, a partir de los Sucesos de Mayo de 1937 acaecidos en Barcelona y en el resto de principales ciudades catalanas³, el carácter transversal empezó a erosionarse por la salida forzada del círculo de uno de sus integrantes, el comunismo antiestalinista. El resto de fuerzas políticas y sindicales fueron perdiendo presencia paulatinamente como resultado del devenir del frente de batalla, hasta el punto que los comunistas ortodoxos monopolizaron esta dinámica en los meses finales de la Guerra Civil.

En segundo lugar, fue permanente porque estuvo presente en el imaginario político y social de la República durante toda la Guerra Civil, aunque no siempre con la misma intensidad. El estrechamiento de las relaciones entre la República y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), cristalizadas con la llegada de la primera misión diplomática soviética a España a finales de agosto de 1936 y la segunda a inicios de octubre del mismo año, la llegada de suministros militares y asesores soviéticos a inicios de octubre de 1936, junto con el establecimiento de acuerdos comerciales entre ambos países⁴, extendió la imagen de la Revolución rusa como génesis del apoyo de la URSS a la República. Los fastuosos actos de conmemoración del XIX aniversario de la Revolución rusa celebrados en Barcelona el 8 de noviembre de 1936 fueron la prueba más evidente de ello. La Revolución rusa pasó a formar parte del imaginario colectivo republicano a partir de ese momento. Y ello ya no se abandonaría durante el resto de la Guerra Civil. Ahora bien, la intensidad se fue erosionando a partir de finales de 1937

² J. L. Martín Ramos, *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, pp. 8-10.

³ Á. Viñas, *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 487-628.

⁴ Á. Viñas, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 139-180 y 197-236.

y, especialmente, durante el año 1938 y los primeros meses de 1939. Sirva como prueba el XXI aniversario de la Revolución rusa en noviembre de 1938, que prácticamente ya no fue conmemorado en suelo republicano⁵.

Finalmente, y en tercer lugar, el imaginario de la Revolución rusa en la Guerra Civil Española fue presentista porque la primera fue utilizada con ojos del presente para los intereses del presente. Ahora bien, lo fue bidireccionalmente. Obviamente, lo fue desde la perspectiva republicana. Pero también desde la soviética. En este último caso, la Guerra Civil Española fue el marco que permitió que, a través de la referencia a la Revolución rusa, se activasen los mecanismos para iniciar la campaña de marginación, y posterior eliminación, del comunismo heterodoxo en España. Por otro lado, en clave interna española la interpretación presentista fue utilizada en algún caso para reclamar la aplicación de un determinado proyecto político para la retaguardia republicana. Y, en la inmensa mayoría, para llevar a cabo una ingente campaña de agitación y propaganda para movilizar la opinión pública de cara al frente de batalla y, especialmente, a la resistencia en la retaguardia. Eso sí, en todos los casos, del primero al último, siempre brilló una misma estrella común: la Revolución rusa como génesis de la URSS, es decir, génesis del único Estado que apoyaba a la República Española en la lucha contra la agresión del fascismo internacional.

Los comunistas antiestalinistas fueron quienes buscaron un mimetismo entre el noviembre de 1917 ruso y el julio de 1936 español. Consideraron la Revolución rusa como una revolución específicamente proletaria y, a partir de aquí, situaron en España la continuación natural de dicho proceso⁶. En cambio, desde el anarcosindicalismo se la identificó positiva y genéricamente como una revolución proletaria de contenido social, sin entrar más allá ni establecer ningún paralelismo con el caso español⁷. Por su parte, los comunistas ortodoxos también la identificaron como una revolución proletaria, pero consideraron que no tenía equivalente en la actual situación española más allá de aportar un referente en forma de la lucha de los revolucionarios rusos en su Guerra Civil contra

⁵ D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 178.

⁶ R. Tosstorff, *El POUM en la revolució espanyola*, Barcelona, Base, 2009, p. 201.

⁷ *Solidaridad Obrera*, Barcelona, núm. 1426, 1936, p. 2.

la intervención extranjera⁸. Los socialistas españoles la valoraron como una revolución social y le aplicaron el mismo equivalente que el Partido Comunista de España (PCE) como un referente contra la intervención extranjera⁹. Finalmente, los liberales republicanos la consideraron como un proceso progresista y de cambio, eso sí, de largo recorrido temporal y material, cuyo único punto en común con la situación española era la resistencia armada contra la intervención extranjera¹⁰.

Como vemos, una gran parte de las fuerzas políticas y sindicales republicanas utilizaron la Revolución rusa como ejemplo de resistencia armada en un contexto de guerra civil. Concretamente, la Guerra Civil rusa y, más específicamente, el asedio de Petrogrado en 1919 por parte de las tropas del Ejército Blanco. Este caso fue equiparado con el asedio de Madrid por parte de las tropas sublevadas y sus aliados fascistas europeos. Con ello, se desdoblaba así el imaginario de la Revolución rusa en dos aspectos, el identificado con la revolución como sujeto de cambio y el que la equiparaba con la resistencia armada en un contexto bélico. Ello sería especialmente perceptible durante los actos conmemorativos del XX aniversario de la Revolución rusa en España que, además, visualizarían cómo el factor de la resistencia armada primaria por encima del resto¹¹.

Sin lugar a dudas, en la España republicana entre noviembre de 1936 y marzo de 1939 se generó un ambiente en favor de la Revolución rusa, de simpatía hacia ella que, por otro lado, no implicaba una apuesta en favor de establecer un modelo como el revolucionario ruso de noviembre de 1917 ya que, de hecho, esta tesis solo era defendida por los comunistas antiestalinistas. La Revolución rusa pasó a convertirse en un elemento permanente del imaginario republicano y lo hizo, fundamentalmente, como sinónimo de solidaridad internacional en la causa contra la agresión internacional sobre el pueblo español y en favor de la resistencia armada contra el enemigo extranjero. Todo ello fue resultado de una natural empatía republicana hacia la Revolución rusa. No se trató en ningún caso de

⁸ *Mundo Obrero*, Madrid, número extraordinario, 1936, p. 2.

⁹ *El Socialista*, Madrid, núm. 8290, 1936, p. 1.

¹⁰ *ABC*, Madrid, núm. 10437, 1936, p. 13.

¹¹ L. Harana y J. M. Rúa. «Commemorar una revolución en plena guerra: el PSUC i el XX aniversari de la Revolució d'Octubre», Barcelona, 2016, p. 12. Comunicación presentada en el II Congrés d'Història del PSUC, celebrado en Barcelona los días 6, 7 y 8 de octubre de 2016.

una dinámica importada o implementada por vía forzosa desde la URSS. Primero, porque los soviéticos en ningún momento intentaron soviétizar la República Española, sino que su proyecto pasaba por apoyar el modelo liberal republicano español fundamentalmente para intentar acercarse a Gran Bretaña y Francia de cara a tejer una hipotética alianza antifascista europea en el marco de la política exterior soviética de la Seguridad Colectiva¹². Ciertamente, desde la URSS se utilizaron mecanismos de propaganda para difundir la imagen de la Revolución rusa en España –junto con otros muchos elementos propagandísticos del mundo soviético– realizados a través de la agencia internacional creada a mediados de los años veinte para estos menesteres, la Sociedad para las Relaciones Culturales con el Extranjero (VOKS)¹³. Pero una cosa era difundir propaganda y otra, y segundo, se necesitaba una empatía por parte de la ciudadanía republicana respecto a esta temática para que la publicidad pudiera ser efectiva. Es más, la ciudadanía republicana no requirió de esta propaganda para llegar a concluir de forma autónoma que la Revolución rusa, vía la URSS, era el vector de la única ayuda internacional a su causa. Finalmente, y tercero, no olvidemos que antes de la Guerra Civil Española existía un tejido asociativo en España que se identificaba específicamente con la Revolución rusa y la URSS. Nos referimos a los Amigos de la Unión Soviética (AUS), una entidad creada en España en 1927 vía el fomento desde la URSS, pero que rápidamente encontró una base sobre la que desarrollarse en suelo español. Un sustrato que encontraría su terreno abonado en los años de la Guerra Civil.

Los actos conmemorativos del XIX aniversario de la Revolución rusa celebrados en la geografía republicana en noviembre de 1936 se convirtieron en un buen termómetro para situar este imaginario. Aunque hubo intentos de que fueran actos multitudinarios y diversificados geográficamente, lo cierto es que quedaron localizados en el núcleo de Barcelona.

Madrid y Bilbao, dos de las cuatro ciudades más relevantes de la España republicana, organizaron actos a través de los AUS

¹² R. Donaldson y J. L. Noguee, *The Foreign Policy of Russia. Changing systems, enduring interests*, Nueva York/Londres, M. E. Sharp, 2005, pp. 37-74.

¹³ M. Garrido, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006, pp. 161-170 [<http://hdl.handle.net/10201/186>].

pero quedaron limitados a un mitin en un local de la ciudad vasca y con poca participación, mientras que en Madrid lo que generó más asistencia fue la proyección de películas soviéticas¹⁴. En cambio, el domingo 8 de noviembre de 1936 en Barcelona, la segunda ciudad en orden de importancia de la República y capital de la Cataluña autonómica, se convertía en el escenario de mayor valor cuantitativo y cualitativo de los actos conmemorativos de la Revolución rusa en el conjunto de la España republicana. Madrid no estaba en condiciones para hacerlo. El reciente traslado del Gobierno de la República y de la capitalidad a Valencia, unido al asedio de las tropas sublevadas sobre la histórica capital, creó un escenario nada propenso para unos actos conmemorativos majestuosos. Por otro lado, Valencia, la estrenada nueva capital republicana, no había tenido tiempo material para llevar a cabo los preparativos para unos actos de este calado. Barcelona, por su parte, contaba con diferentes factores que jugaron a su favor. Primero, la implicación institucional por parte republicana, a través de la implicación activa del Gobierno de la Generalitat en la celebración de dicho actos y en su institucionalización¹⁵. Segundo, el efecto generado por la llegada del *Zirianin* al puerto de Barcelona, el carguero soviético que llegó a mediados de octubre de 1936 con toneladas de alimentos para la población catalana y que con ello generó un ambiente de euforia popular¹⁶. Y, tercero, el papel del consulado soviético en Barcelona, muy activo para fomentar una celebración multitudinaria, que estuvo acompañado por la implicación de las diferentes fuerzas políticas y sindicales de la retaguardia¹⁷.

Los actos se iniciaron la tarde del 7 de noviembre de 1936 con una recepción en la sede del consulado de la URSS, donde estuvo presente una representación de primer nivel de las instituciones políticas, judiciales y militares de la ciudad y de las instituciones republicanas en Cataluña. La lista empezaba por el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, y continuaba con diferentes consejeros del Gobierno de la Generalitat o, entre otros, el alcalde de la

¹⁴ D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, cit., p. 169.

¹⁵ J. Puigsech, «El triángulo de la propaganda soviética en la Cataluña de la Guerra Civil», *Alcores. Revista de Historia Contemporánea* 14 (2012), pp. 171-172.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 173-176.

¹⁷ J. Puigsech, *Falsa leyenda del Kremlin. El consulado y la URSS en la Guerra Civil española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, pp. 127-128.

ciudad, el cónsul de Turquía y el oficialmente corresponsal de prensa soviético en España, Iliá Ehrenburg.

Esa misma noche, el Comisariado de Propaganda de la Generalitat organizó un acto de homenaje a la Revolución rusa en el Palau de la Música Catalana. Contó con la presencia del cónsul, Vladímir Antonov-Ovseenko, el secretario consular, Alekséi Strajov, los ya citados Ehrenburg y Companys, así como Jaume Aiguader, ministro sin cartera del Gobierno de la República, o, entre otros, Artemi Aiguader, consejero de Seguridad del Gobierno de la Generalitat. Se proyectó la película soviética *Las amigas*, así como el documental deportivo y también soviético *Juventud*, además de interpretarse diferentes piezas musicales y literarias soviéticas y republicanas. Pero el acto no quedó exento de polémica y, en este caso, como resultado de la lectura presentista que se realizó por parte soviética. El Comisariado de Propaganda de la Generalitat tuvo poca mano izquierda al enfocar el papel del ahora cónsul soviético en Barcelona y años atrás figura clave del asalto al Palacio de Invierno y de la Guerra Civil rusa. Los folletos que se repartieron en este acto incluían referencias bibliográficas de Lev Trotsky sobre la Revolución rusa. Ello generó las iras inmediatas de Ehrenburg, que acusó al redactor del folleto, Fermí Vergés, de ser trotskista. Desde el Comisariado de Propaganda de la Generalitat replicaron que Trotsky había sido una figura de la confianza de Vladímir Lenin y había ocupado un papel central en el proceso revolucionario que culminó con el asalto al Palacio de Invierno. Además, la referencia que se realizaba sobre la relación entre Trotsky y Antonov-Ovseenko se hacía únicamente respecto a la pericia militar con la que este último había actuado durante la Revolución rusa. Los folletos finalmente fueron retirados¹⁸. Y, con ello, se retiró de la luz pública un elemento incómodo en la lectura presentista que se realizaba desde la esfera soviética. Una situación que, no obstante, contrastaba con las imágenes de exaltación que se transmitían a la población soviética a través del principal periódico del país, *Pravda*, que calificaría los actos celebrados en Barcelona el día 8 no solo como una manifestación eufórica y la más multitudinaria de toda la historia de Cataluña, sino también como una muestra fehaciente del compromiso de la URSS en favor de la lucha antifascista a

¹⁸ *Ibid.*, pp. 128-131.

nivel mundial y del apoyo incontestable tanto a Cataluña como al conjunto de la República¹⁹.

El 8 de noviembre se celebró la multitudinaria manifestación conmemorativa del XIX aniversario de la Revolución rusa. La participación se situó entre trescientas y quinientas mil personas que desfilaron durante más de cinco horas por el centro de la ciudad. Antonov-Ovseenko y Companys presidieron el acto desde el balcón del Palau de la Generalitat, dejándonos una de las imágenes más icónicas del imaginario de la Revolución rusa durante la Guerra Civil. La participación recogió el conjunto de fuerzas políticas y sindicales del ámbito republicano en Cataluña, así como representantes del tejido asociativo como la Asociación de Intelectuales, el Socorro Rojo Internacional o, por ejemplo y entre otros, los AUS²⁰.

Ahora bien, estos actos fueron instrumentalizados de forma presentista por los representantes soviéticos en España. El consulado soviético, con el apoyo del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), es decir, los unificados catalanes que se situaban en una esfera de influencia limitada en el marco comunista ortodoxo, intentó marginar al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), es decir, el comunismo heterodoxo, de la escena política republicana. Es más, con ello se inició la campaña antitrotskista en la República y el proceso para marginar y, posteriormente, eliminar el POUM del escenario republicano. El consulado soviético intentó que se le excluyera de la manifestación conmemorativa. Y al no conseguirlo, tanto por las denuncias públicas realizadas desde el POUM como por la presión que ejerció la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en favor de este, el consulado intentó marginarlo y degradarlo como primer paso para llevarlo hacia su demolición política, aunque a una velocidad más lenta de lo deseado. Ello explica que el POUM acabase situado prácticamente al final de la comitiva, separado de los principales partidos y sindicatos que, como era de esperar, ocupaban la cabecera de la comitiva conmemorativa²¹.

¹⁹ J. Puigsech, «Una comparativa republicanosoviètica. La premsa governamental davant la imatge del consolat de l'URSS durant la Guerra Civil», *Afers. Fulls de recerca i pensament* 71/72 (2012), p. 284.

²⁰ *Diari de Barcelona*, Barcelona, núm. 264, 1936, pp. 5-6.

²¹ J. Puigsech, *Falsa leyenda del Kremlin. El consulado y la URSS en la Guerra Civil española*, cit., pp. 131-135.

Sin lugar a dudas, el análisis presentista que el POUM realizaba sobre la Revolución rusa lo convertía en un factor de choque frontal con el comunismo ortodoxo. Los poumistas concebían la Revolución rusa como una revolución del proletariado, con la cual se había derrotado no solo a la burguesía rusa sino también a la contrarrevolución europea. Desde su punto de vista, esta caracterización de la Revolución rusa era la que había permitido establecer una república de soviets, identificada como una dictadura del proletariado y, por extensión, como una democracia obrera. La Revolución rusa se había erigido también en un referente internacional, porque había permitido que el proletariado dispusiera de un patrón a nivel mundial que, además, se liberaba de la claudicación que había supuesto la socialdemocracia a raíz de sus posiciones frente a la Primera Guerra Mundial.

Por ello, desde las filas del POUM no se dudaba en hacer un llamamiento para que se reprodujera esa revolución en España. Desde su perspectiva existían numerosos puntos de encuentro que así lo permitían pensar. Si se comparaba la situación de la Revolución rusa con la situación actual española, la dinámica revolucionaria estaba en manos del proletariado en el primer caso y de los trabajadores, que incluía a obreros y campesinos, en el segundo. También se podía decir lo mismo del carácter internacional de los sucesos rusos y españoles, puesto que uno y otro vivían en el mar de la lucha contra la intervención internacional que quería derrocar el proceso revolucionario pero, al mismo tiempo, ello generaba una oleada de solidaridad entre los trabajadores de ambos países. La guinda al pastel se situaba en los puntos de comunión entre Petrogrado en 1919 y Madrid en 1936, emblemas de las resistencias ante la agresión contrarrevolucionaria internacional. Siguiendo esta clave presentista, el POUM aprovechó la Revolución rusa para deslegitimar tanto al comunismo ortodoxo español, en tanto que ejemplo de posiciones moderadas como en su momento lo representaron los mencheviques, como a Iósif Stalin y al estalinismo, calificados de destructores de la Revolución rusa. El actual dirigente soviético y su estructura de poder habían convertido la revolución proletaria internacionalista de noviembre de 1917 en una caricatura antinatural que defendía la tesis del socialismo en un solo país. Por ello, los poumistas veían la oportunidad de que la revolución iniciada en España permitiese recuperar la esencia de la Revolución rusa y, con ello, no solo implementar el modelo de noviembre de 1917 en Es-

pañá, sino recuperar su esencia para una URSS que caminaba hacia la deriva, no por culpa de sus ciudadanos, sino del estalinismo²².

El comunismo antiestalinista coincidía con la CNT a la hora de caracterizar la Revolución rusa como una revolución proletaria. Pero esta última, primero, diluía el carácter comunista que sí le otorgaba el POUM, para transferirle otro más genérico como social. Y, segundo, su empatía con la Revolución rusa se situaba explícitamente en el apoyo que la URSS daba a la República en forma de armamentos y suministros, así como en su denuncia de la farsa del Comité de No Intervención²³.

Por su parte, el comunismo ortodoxo reconocía, como lo habían hecho el POUM y la CNT, que la Revolución rusa había sido una revolución proletaria. Pero, como en el caso de los cenetistas, consideraba que la actual situación española no albergaba similitudes con la situación vivida en Rusia en noviembre de 1917 más allá de la dinámica generada en los años de la Guerra Civil rusa. El PCE participaba así del proyecto propositivo positivo y transversal frentepopulista. Pero lo hacía ensamblando dicha realidad con dos factores nada menospreciables que le condicionaban plenamente: 1) la táctica del Frente Popular desarrollada en el VII Congreso de la Internacional Comunista, que situaba como prioridad para las secciones nacionales de dicho organismo internacional, entre las que estaba el PCE, la lucha contra el fascismo a través del apoyo comunista al modelo liberal democrático en Europa y, al mismo tiempo, apostaba por el acercamiento de los comunistas a la izquierda socialista para formar un nuevo tipo de partido, el partido único del proletariado, que desde las filas obreristas pudiera hacer frente a la amenaza fascista²⁴; 2) la presencia del PCE en el Gobierno de la República. Los comunistas ortodoxos habían dejado de ser un partido de oposición y minúsculo durante su trayectoria desde inicios de los años veinte para convertirse ahora en un partido de gobierno que, de hecho, les situaba como el primer partido comunista de Europa occidental que pasaba a formar parte de un Gobierno. Su entrada en el ejecutivo de Francisco Largo Caballero en septiembre de 1936, que continuaría en el segundo Gobierno de Largo Caballero,

²² *La Batalla*, Barcelona, núm. 84, 1936, p. 1.

²³ *Solidaridad Obrera*, Barcelona, núm. 1427, 1936, p. 12.

²⁴ Pierre Broué, *Histoire de l'Internationale communiste 1919-1943*, París, Fayard, 1997, pp. 660-673.

también había implicado una actuación distinta a la propuesta por Stalin, debido a la dinámica particular que habían generado las circunstancias propias de la situación española. El programa del PCE tras su entrada en el Gobierno, como era previsible, quedó alejado del ideario revolucionario del marxismo y apostó por una relectura y actualización del ideario liberal republicano²⁵. No obstante, ello no impediría que sacasen punta a esta presencia para realizar su particular interpretación sobre la Revolución rusa y de paso legitimar, basándose en la génesis del movimiento comunista –la Revolución rusa–, su participación en dicho Gobierno.

En definitiva, ¿cómo podía ensamblarse una revolución de la que se reconocía su carácter proletario con una dinámica como la Guerra Civil Española en la que el PCE había adoptado una posición distante de cualquier veleidad revolucionaria obrera? La respuesta se encontraba en considerar la Revolución rusa como génesis del actual Estado soviético. Y, a partir de aquí, presentar a la URSS como baluarte de la solidaridad internacional en la lucha contra el fascismo a nivel mundial. La implicación soviética al lado de la República así lo demostraba. Y, a partir de aquí, establecía un paralelismo entre la Guerra Civil rusa y la Guerra Civil Española a través del Gobierno revolucionario ruso y el Gobierno del Frente Popular español. El nexo común entre ambos era el mismo: la designación popular. Uno y otro eran presentados como la única vía posible de centralización del poder político en un contexto bélico que en Rusia había permitido y en España permitiría alcanzar la victoria en el campo de batalla. Así, pues, Rusia había señalado el camino entre 1917-1924. Y la República Española recogía el guante en el marco de 1936.

Para acabar de dar forma a esta interpretación presentista de la Revolución rusa, desde las filas del comunismo ortodoxo se establecieron puntos de contacto entre los progresos materiales alcanzados en la URSS a partir de la Revolución rusa y los que se habían empezado a conseguir en España tras el inicio de la Guerra Civil. Con ello se situaba el progreso material como el principal valor emanado de la Revolución rusa. En este sentido, los comunistas ortodoxos destacaban los paralelismos entre la liberación nacional que había aportado la Revolución rusa a los pueblos –que no na-

²⁵ F. Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 110-112.

ciones— que conformaban el antiguo imperio zarista y los que había aportado el Gobierno del Frente Popular iniciado en febrero de 1936 y vigente hasta el momento —aunque con modificaciones a partir de julio de 1936— a los pueblos catalán, vasco, gallego y valenciano, en el primer y segundo caso mediante la concesión de estatutos de autonomía. Otro caso presentado fueron los progresos en la esfera de la igualdad de género, que en el caso soviético y español habían conducido a una creciente incorporación de la mujer en la esfera pública y en las actividades económicas, así como su apoyo en la esfera militar. Pero el acento se situó especialmente en las esferas en las que el PCE tenía el control de los ministerios del Gobierno de la República. Así, en el caso de Agricultura, con Vicente Uribe al frente, se destacó cómo se había despojado de la propiedad de las tierras a los defensores de la España sublevada para transferir su explotación a obreros y campesinos y, además, hacerlo con los recursos materiales necesarios para explotarla con éxito. También se presentó el caso del Ministerio de Instrucción Pública, bajo control de Jesús Hernández. En este caso con dos ejes. El primero de ellos, el social. La extensión de la educación pública a una gran parte de la población republicana que, además, no se concebía solo en un estadio inicial sino también más allá de la enseñanza primaria. Y, el segundo, el técnico, puesto que era necesario formar nuevos cuadros técnicos, indispensables para la supervivencia material de la España democrática²⁶.

Tras los comunistas heterodoxos, los anarcosindicalistas y los comunistas ortodoxos, fueron los socialistas los que se sumaron a la reivindicación propositiva positiva de la Revolución rusa. Identificada como revolución bolchevique, pero no como revolución proletaria, no dudaron en considerarla, literalmente, una magnífica gesta gloriosa. El hecho de que no la identificasen como revolución proletaria, sino como una revolución social, les permitía abrir un cajón de sastre en el que situaban a los obreros como protagonistas de la Revolución rusa y, con ello, establecían puntos de conexión con los principios socialistas. Superado este escollo, los socialistas españoles insistieron en situar la Revolución rusa como ejemplo de lucha heroica popular contra la agresión militar extranjera, ilustrada con la resistencia de Petrogrado en 1919. Como resulta fácil deducir, a partir de aquí establecieron un símil con la resistencia de

²⁶ *Mundo Obrero*, Madrid, número extraordinario, 1936, pp. 14-15, 21 y 23-26.

Madrid en 1936. Los trabajadores, en el sentido más genérico del término, tanto de Madrid como de los diferentes frentes de batalla de la España republicana, debían unir sus fuerzas para resistir frente a la agresión extranjera inspirándose en el ejemplo ruso de 1919²⁷.

Si dejamos de lado la esfera del obrerismo, el ámbito del liberalismo republicano realizó una lectura de la Revolución rusa no menos propositiva que la de sus correligionarios obreristas. Dos ejemplos dentro de este campo resultarán ilustrativos debido a la diversidad que representan. Por un lado, la Unión Republicana (UR) de Diego Martínez Barrio, una formación de carácter estatal que presentó una línea argumentativa extensible al conjunto de la esfera liberal republicana. Y, por otro lado, el caso de una formación de carácter autonómico como Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), con Companys a la cabeza.

La Revolución rusa fue considerada como un suceso glorioso, fantástico e ingente desde las filas de la UR. Sin precisar mucho, la línea generalista con la que se afrontó, la situó como un proceso de ruptura ante un pasado putrefacto en forma de autocracia zarista y liberalismo decadente de los Gobiernos Provisionales. La Revolución rusa entró en escena como un proceso de construcción de un nuevo marco de progreso material. En otras palabras, la Revolución rusa como sinónimo de progreso con base en los cambios modernizadores que había vivido el país durante los planes quinquenales. El espejo del desarrollo material de la URSS fue concebido como el resultado de la tenacidad del pueblo soviético, una tenacidad que había emanado de la Revolución rusa y, con ello, se podía emparentar la Revolución rusa y la Guerra Civil Española. La tenacidad mostrada durante la resistencia de Petrogrado era ahora el referente en el que tenía que inspirarse Madrid en 1936. Pero no era solo un espejo. También era materia. La tenacidad, constancia y progreso que había emanado de la Revolución rusa había permitido que la URSS estuviese en condiciones de prestar ayuda material a la República Española²⁸.

Por su parte, ERC no se alejaba de este planteamiento. La formación de Companys, coincidiendo con la UR, caracterizaba la Revolución rusa como un proceso de progreso y, especialmente, de estabilidad. Con ello recuperaba la idea de ruptura que había pro-

²⁷ *El Socialista*, Madrid, núm. 8290, 1936, p. 1.

²⁸ *ABC*, Madrid, núm. 10437, 1936, p. 13.

puesto la UR. Pero, en este caso, más que hablar de putrefacción de la etapa anterior a la Revolución rusa, lo hacía en términos de conflicto social y político. Por ello, la Revolución rusa era vista como un proceso de larga duración que había proporcionado estabilidad en el marco ruso-soviético y, siempre, desde una vertiente positiva²⁹.

Vistos todos estos posicionamientos, resulta incuestionable el carácter propositivo positivo con el que se caracterizó la Revolución rusa en el imaginario de la República Española a partir de noviembre de 1936. De hecho, el aniversario de la Revolución rusa se convertiría en un elemento permanentemente del calendario republicano durante los tres años de la Guerra Civil. Y, derivado de ella, también pasarían a formar parte del imaginario republicano otras conmemoraciones características de la URSS, como especialmente la celebración del 1 de Mayo. Además, no deben olvidarse las cinco delegaciones oficiales españolas que visitarían la URSS durante los años de la Guerra Civil Española, teniendo su plato fuerte en los actos conmemorativos de la Revolución rusa celebrados en Moscú³⁰.

Ahora bien, pese a que la celebración del XX aniversario de la Revolución rusa en noviembre de 1937 fue otro ejemplo propositivo en positivo, se detectó un cambio significativo respecto a noviembre de 1936. A partir de ahora la imagen de la Revolución rusa estuvo menos cargada de significado político y social en tanto que proceso revolucionario y mucho más de su componente de solidaridad interestatal. Barcelona también cedió su protagonismo, en este caso a Madrid y, especialmente, a Valencia. Pese a no contar con una manifestación multitudinaria como la de Barcelona de noviembre de 1936, el XX aniversario contó con una serie de festejos que duraron desde el 1 hasta el 8 de noviembre de 1937. El acto central se llevó a cabo el 7 de noviembre. Consistió en una celebración pública en la que participaron todos los miembros de la Comisión de Homenaje a la Revolución rusa, con discursos, espectáculos deportivos, musicales y mociones de amistad hacia la URSS que, de hecho, se alargaron hasta la madrugada del día 8. Pero en este caso ya no hubo participación del POUM. Los comunistas antiestalinistas habían sido excluidos de los actos debido al ambiente de persecución antitrotskista posterior a los Sucesos de Mayo de 1937 que

²⁹ *La Humanitat*, Barcelona, núm. 1468, 1936, p. 3.

³⁰ D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, cit., p. 168.

había ensombrecido el amplio espectro propositivo y aglutinador de los actos de un año antes. La Revolución rusa seguía siendo un elemento transversal en el imaginario republicano. Pero la exteriorización de la misma había quedado erosionada. Uno de sus activos, el POUM, quedaba fuera del circuito.

Por todo ello, no resulta viable aceptar que el XX aniversario de la Revolución rusa marcó el punto culminante de los actos propagandísticos a favor de la URSS en la España republicana³¹. Cualitativamente no fue así. Los actos del XIX aniversario marcaron una movilización popular y una praxis frentepopulista que abrazó a todos los colectivos republicanos, tanto cuantitativa como cualitativamente, que no se dividió en noviembre de 1937. Otra cosa es, ciertamente, que la cantidad de actos propagandísticos fuese mayor en noviembre de 1937 que en noviembre de 1936. El asentamiento de Valencia como capital de la República lo favoreció. La coincidencia cronológica de los actos del XIX aniversario con el inicio del asedio a Madrid y el traslado de la capitalidad republicana a la zona levantina no permitieron esa dinámica. Ahora, en noviembre de 1937, sí.

El XX aniversario de la Revolución rusa fue el momento a partir del cual el presentismo marcó con mayor intensidad el imaginario de la Revolución rusa. Ello fue debido al recrudecimiento de la situación militar para los intereses de la República, ya que situó la Revolución rusa en su momento de máxima utilización como referente del pasado para el presente. La coincidencia cronológica lo favorecía: se trataba de un número redondo, el veinte aniversario de la Revolución rusa, y el primer aniversario de la resistencia de Madrid.

El PCE, por boca de su secretario general José Díaz, interpretó el XX aniversario de la Revolución rusa como un pozo de enseñanzas y experiencias del pasado útiles para los menesteres del presente español, vestidas por un eje transversal en forma de solidaridad del pueblo soviético con el español. Díaz estableció un paralelismo nítido entre la Revolución rusa y la Guerra Civil Española. Esta última era una guerra de independencia nacional contra el invasor y el fascismo, que tenía numerosos puntos de similitud con la lucha del pueblo ruso contra los ejércitos contrarrevolucionarios e inva-

³¹ Tesis defendida por D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, cit., p. 176.

sores de la patria que, además, tuvieron que luchar solos contra esta coalición, mientras que en el caso español esta soledad se había podido ponderar gracias, precisamente, a la ayuda soviética. Sacrificio, trabajo y lucha eran los valores que Díaz otorgaba al pueblo soviético en el camino que este inició en noviembre de 1917. Ello le permitía asimilar la defensa de Petrogrado en 1919 a la defensa de Madrid en 1937, donde la capacidad de sacrificio, resistencia y fe en la victoria eran los valores que debían seguirse.

Así, pues, la Revolución rusa era concebida como válvula de agitación y propaganda para la resistencia republicana. Pero también como instrumento para reclamar la aplicación de una política para el frente de batalla, basada en el proyecto del PCE. A saber: la creación de un Ejército Regular sobre la base del servicio militar obligatorio; la creación de una potente industria de guerra; la depuración de los mandos militares; la intensificación de la producción agraria e industrial; la consolidación del poder institucional en la retaguardia; la necesidad de diluir los proyectos anarquistas y poumistas para el frente, así como separar a unos y otros, especialmente estos últimos, de los organismos de gestión en la esfera política y militar republicana. Con esta lógica no resultaba nada sorprendente que el PCE concibiese el 7 de noviembre de 1917 como una revolución proletaria, como había sucedido un año atrás, pero ahora resaltando aún más que tenía una clara coincidencia con el 7 de noviembre de 1937 en España: veinte años de revolución proletaria en Rusia y un año de resistencia revolucionaria popular madrileña –y por extensión republicana– frente al asedio de la capital histórica del país por parte del fascismo. ¿Su nexo? Una y otra luchaban por el progreso de la Humanidad³².

Así, pues, apartado el comunismo heterodoxo de la escena, la Revolución rusa quedó identificada fundamentalmente como una enseñanza que alentaba a los republicanos a mantener una férrea y monolítica resistencia armada contra el enemigo en un contexto de guerra civil. La Revolución rusa se convertía en un instrumento cuyo valor central era la agitación y propaganda para la resistencia armada contra el enemigo. Ahora bien, es igualmente cierto que ello no empañaba la categorización política de la Revolución rusa. No solo para los comunistas ortodoxos, que como hemos visto seguían reconociéndole su carácter proletario, sino también para los

³² *Mundo Obrero*, Madrid, número especial, 1937, p. 2.

socialistas. Estos últimos presentaron el 8 de noviembre de 1937 un titular nada menospreciable en este sentido:

Noviembre 1917 – noviembre 1936. Doble aniversario de dos hechos iguales: doloroso alumbramiento de un estado social en España y radiante plenitud del Socialismo en la U.R.S.S.³³.

El Partido Socialista Obrero Español (PSOE) seguía la línea interpretativa que había marcado justo un año antes al afrontar la caracterización ideológica de la Revolución rusa: se trataba de una revolución social. Pero ahora acentuaba su papel como génesis de un nuevo tipo de Estado surgido al calor de la revolución. La URSS se había configurado, pues, como un Estado marxista tras años de resistencia armada contra la agresión extranjera y los vaivenes políticos y económicos internos. Pero había alcanzado un progreso inigualable que, precisamente, le había permitido apoyar militar y diplomáticamente a la República Española.

El anarcosindicalismo tampoco se escondió. La CNT puso en valor el componente obrerista de la Revolución rusa y, derivado de él, el desarrollo y éxito económico de la URSS, así como de su política de denuncia del Comité de No Intervención. No obstante, el peso de los Sucesos de Mayo de 1937 convirtió a la CNT en un factor disgregador de la valoración positiva de la Revolución rusa dentro del imaginario republicano. Los cenetistas denunciaron las persecuciones realizadas durante la etapa revolucionaria posterior a noviembre de 1917, con la voluntad de emparentarlas implícitamente con la situación en la que se encontraban los comunistas antiestalinistas y, también, el sector izquierdista anarcosindicalista. Por ello no dudaron en reconocer el papel que actualmente jugaba Stalin en la URSS. Pero al mismo tiempo situaban como figuras destacadas de la Revolución rusa no a este, sino a Lenin y Trotsky³⁴.

Mientras tanto, el liberalismo republicano seguía manteniendo un escrupuloso respeto por una Revolución rusa, de la que centaban su imagen en los éxitos materiales que había generado para el Estado soviético y, con él, la disponibilidad de generar el apoyo militar que actualmente estaba recibiendo la República³⁵.

³³ *El Socialista*, Madrid, núm. 8618, 1937, p. 1.

³⁴ *Solidaridad Obrera*, Barcelona, núm. 1726, 1937, p. 4.

³⁵ *La Humanitat*, Barcelona, núm. 1775, 1937, p. 3.

Llegados a este punto, empezó un descenso vertiginoso de la Revolución rusa como factor de referencia en el imaginario republicano. No se abandonó. Pero quedó muy compactado. Su presencia como elemento referencial quedó limitado a sus más fieles seguidores, mientras que en la esfera estricta de las formaciones políticas y sindicales su interés prácticamente no fue más allá del comunismo ortodoxo. 1938 y los primeros meses de 1939 no fueron precisamente un periodo de euforia en la República. Por un lado, la guerra se estaba perdiendo por parte de la República y, lo peor de todo, había conciencia de ello. Y, por otro lado, la llegada de material propagandístico soviético a la República se había reducido también drásticamente, llegando al extremo de ser casi inapreciable. Y, por si no fuera suficiente, los AUS también estaban bajo mínimos y, en algunos casos, incluso habían dejado de existir³⁶.

Teniendo presente este trasfondo, no resulta nada sorprendente que el último aniversario de conmemoración de la Revolución rusa pasase prácticamente desapercibido. Entre los actos más destacados que se realizaron en Barcelona, la nueva capital republicana y, por tanto, centro del poder de la República, se encontró el homenaje realizado en la Universitat Autònoma de Barcelona. Allí se reunieron algunos docentes y el ministro de la República José Giral, que identificaron la Revolución rusa con los progresos materiales de la URSS, así como con su política internacional antifascista³⁷. Por su parte, los AUS en Barcelona publicaron algunos boletines conmemorativos, aunque los actos que celebraron fueron escasos. Tres cuartas partes de lo mismo en Madrid, que pasó por la celebración de una conferencia en el Ateneo³⁸. Un bagaje claramente de mínimos.

La situación en la esfera de las formaciones políticas y sindicales no fue mucho mejor. Al contrario. El comunismo ortodoxo se convirtió en el único que recordó el aniversario de la Revolución rusa. Pero, incluso en este caso, sin poderse liberar de las urgencias militares de la República. Así, pues, si en noviembre de 1937 la equiparación de Petrogrado 1919 con Madrid 1936 había sido ya el motor del imaginario sobre la Revolución rusa, en noviembre de

³⁶ M. Garrido, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*, cit., p. 261-263.

³⁷ *La Vanguardia*, Barcelona, núm. 23290, 1938, p. 5.

³⁸ D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, cit., p. 178.

1938 se acentuó aún más. Eso sí, se mantuvo la imagen de una Revolución rusa como sinónimo de progreso material para el Estado que se había gestado tras ella, especialmente en términos de desarrollo económico. Y, también, su referente internacional como baluarte de la lucha contra la agresión internacional.

Así finalizaba, pues, el imaginario de la Revolución rusa en la Guerra Civil Española. Lo hacía monopolizado por el comunismo ortodoxo. Pero no por voluntad de este último, sino por el devenir natural de una Guerra Civil que había ido alejando paulatinamente al resto de fuerzas políticas y sindicales de la Revolución rusa. La prioridad de la guerra y, más concretamente, de la conciencia de una guerra que se estaba perdiendo, había focalizado el interés de socialistas, liberales republicanos e incluso anarcosindicalistas en el factor bélico. Ciertamente, el referente de la Revolución rusa había sido utilizado para estos menesteres a partir de noviembre de 1936 y, especialmente, a partir de noviembre de 1937. No obstante, la gravedad de la situación bélica en noviembre de 1938 y los meses posteriores había provocado que el carácter transversal de la Revolución rusa hubiera quedado diluido en la mayor parte del imaginario republicano. Pero, pese a ello, seguía estando presente en algún sector y, como mandaban los cánones con los que se había manifestado desde el primer momento, mantenía un carácter presentista.

El ADN del imaginario de la Revolución rusa en la Guerra Civil Española no ofrecía ninguna duda. Ni en los momentos más difíciles. Los momentos del camino irreversible de la derrota de la República. Pero, a pesar del trágico final de la República, ello no invalidaba la aportación que la Revolución rusa había realizado tanto a las actividades de agitación y propaganda como a la contribución a la moral republicana y, también, a los proyectos políticos que cada fuerza política y sindical defendía, aunque cada uno realizase una lectura bien particular al respecto.

